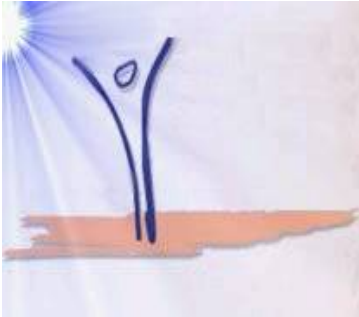


La primera piedra



Federico siempre fue un individuo extraño, demasiado raro. Desde muy pequeño, le contó a su madre que una de las tantas fantasías sexuales que a toda hora y en cualquier lugar lo atormentaban, era hacer el amor con una persona mucho mayor que él, incluso anciana. O mejor, con una anciana bien anciana. Preferentemente, con una anciana... ¿Por qué no? Se preguntaba, mientras su madre permanecía en un silencio inefable y ambivalente.

Masturbación una, dos, tres veces... por día. Como un ritual adictivo, dependiente. Lo hacía cuando recién se despertaba - abrazado a la almohada -, cuando terminaba de almorzar - sentado en el retrete - y cuando su anciana madre se bañaba por las tardes, a la hora en que hacía menos frío - espiándola por un agujero en la pared -. Algo que en cualquier adolescente le permitiría conocer su cuerpo, en él, adquiriría ribetes de obsesión enfermiza, imparable, incontenible.

Una perra mestiza labradora, de mediana estatura, negra, arisca y de edad indescifrable, fiel mascota preferida de su madre anciana, apareció muerta de un certero golpe en la cabeza, el mismo día en que a Federico, lo atendieron por múltiples desgarros y horripilantes mordeduras, en su zona genital y muslos. No hubo denuncia policial, ni nadie salió a defender al pobre cánido, pero quedó flotando en el ambiente del barrio, el tufo sospechoso de una pasión malsana.

A nadie le extrañó que al cumplir los veinte años, al muchachote de la mirada lasciva, al hijo único de la viuda del primer piso, al figgón siempre oculto detrás de las cortinas ocre, lo internaran en un Hospital para Enfermos Mentales - *A mí ese muchacho, me daba mucho miedo. Era un degenerado, un perverso...* - comentaban dos cuarentonas, entre rulos y escobazos matinales, procurando mantener una apariencia de vereda limpia y contar con un prolijo detalle, de todas las inmundicias y debilidades, de los hombres y mujeres de aquel vecindario suburbano.

- *A mí me contaron que cuando ese muchacho trabajaba en una carnicería de la otra cuadra, el dueño lo encontró dentro de la cámara frigorífica, fornicando con un peceto, al que con un cuchillo le había hecho un agujero...* - comentaba de Federico, entre sonrisas voluptuosas y una oscura excitación enfermiza, un portero de edificio, de esos de manguera derrochante y lengua muy larga, con su amigo infaltable de todas las mañanas, un esquivo barrendero, provisto extrañamente de teléfono celular. Ese amigo que mientras recogía la basura de las calles, espiaba dentro de aquellos autos que a la media hora - ¡Oh, casualidad! -, les estallaban los cristales, pues una figura furtiva - avisada por teléfono-, robaba las cosas de valor olvidadas en sus interiores. Tecnología moderna para ayudar al crimen, cuyos

operadores sienten que su vida en el delito, es mejor y superior - más ética - comparada con los que delinquen en los terrenos cenagosos de lo sexual. Hipócritas lanzadores de la primera piedra, pero sin las clásicas inhibiciones y sordos, al grito de sus conciencias.

Entre gritos y silencios. Entre pastillas e inyecciones. Entre retos y consejos, fue transcurriendo el tiempo lento e interminable del enfermo psiquiátrico, llamado Federico. Dopado y con la mirada perdida, su excitación sexual permanecía agazapada, aunque no extinguida. Solo anhelaba cruzar la puerta del psiquiátrico y volver al mundo, su mundo. Su mundo de imaginaciones pornográficas, masturbaciones e incestos reprimidos. A veces pareciese que el cerebro se acostumbrara a patrones de conducta, que quedan impresos a fuego para siempre, como circuitos imposibles de cambiar. La cabra, por impulso natural, siempre anhela volver a vagar libre entre los montes. Es imposible pretender que aquello que se grabó a fuego, como una plantilla indeleble, cambie por efecto de consejos o pastillas...

Le dijeron que no podía salir y quizá por eso, le daban electroshocks hasta que *"no me duele ni siquiera la razón"*, según el mismo le expresaba a su angustiada madre.

- *Dicen que cuando duermo estoy mucho mejor, pues cuando estoy despierto, ni siquiera mis manos me creen que lo que busco, es un poco de paz, de cariño, de que alguien que me quiera y que me mime* - le repetía con vehemencia y desesperación, a su pobre madre, cuando ambos permanecían sentados en la lúgubre sala de visitas del Hospital Psiquiátrico en el que estaba recluido, desde hacia tres largos y pesados meses. Y se hamacaba en su silla, sollozando. Interminable...

Y sin embargo, cada día le costaba más y más a Federico, poder dirimir entre sus fantasías y realidades, pues no podía dejar de imaginarse que violaba repetidamente a su anciana madre. Temblaba hasta que se dominaba y se quedaba dormido, acunado por la furibunda telaraña agotada de una interminable masturbación. El poder luchar contra semejantes pulsiones, tan malsanas y dañinas, suele ser visto en esos ambientes como un inequívoco signo de neurosis grave.

Un año. Dos. ¿Tres...? Hasta que se le dio el alta, pocos meses después que falleció su madre y cuando la indefensión e invalidez de un enfermo sin familia - en una sociedad que al inválido lo contiene poco y nada -, aseguraban su muerte inexorable, abandonado y tirado peor que un perro, vagabundeando por las calles frías de una ciudad indiferente y anónima.

Sin embargo, a pesar de su primario incompleto y gracias a la invalorable ayuda de los amigos de los amigos de una entrañable amiga de su madre, en poco tiempo consiguió trabajo como camillero de un importante hospital. Además, esa labor no le quedaba muy distante del departamento en el primer piso, que también logró recuperar. Se bañó, se afeitó, se puso lo mejor que pudo, el día en que se hizo cargo de ese trabajo, aunque nadie le hizo otra pregunta más, que si sabía o no, leer y escribir. El puesto de camillero, jamás requería de otras cualidades o virtudes que el ser hombre capaz de empujar una camilla. Si sabía leer o adivinar donde quedaban los diferentes servicios... mejor.

Y desde aquel primer día en que comenzó a trabajar, empujó decenas de camillas y sillas de ruedas de todos los tamaños, con la misma fuerza que empujó el hambre y el fantasma de quedarse sin un techo. Transpiraba cuando veía a las enfermeras lavar desnudas a sus pacientes – especialmente ancianas -, o de tener que cargarlas para pasarlas a la camilla o a la cama. Con ayuda de rituales, mordiendo los labios y obligándose a no pensar, durante muchos años, logró que jamás existiese una mínima queja en su contra.

Su vida afuera del hospital, transcurría solitaria y resignada. Obediente y sumiso en su trabajo, era el preferido de todos entre los diferentes ambientes del gran hospital, por lo que le exigían más y más, cuanto más cumplía. Lloraba en silencio ante semejante abuso por parte de todos, incapaz de expresar lo que sentía, e inepto para defender sus derechos más básicos como persona. Solía pasar los fines de semana sentado junto a la tumba de su madre, abrazado en silencio a la cruz, comiéndose un emparedado que llevaba preparado de su casa. Y de la cual no se marchaba, sin antes masturbarse en secreto.

Una noche la vio en la Guardia del Hospital y un escalofrío le dijo a su alma con certeza, que esa era la mujer que había estado esperando desde siempre. Le pareció que era igual a su madre, no tanto por el parecido físico, sino por la forma sensual de sonreírle. Y Federico se enamoró de una anciana de ochenta y dos años que acababan de internar, afectada de un leve dolor abdominal. Y hasta creyó ver en el trato que le dispensaba ella, que era correspondido en su otoñal amor a primera vista. La trasladó en la mejor silla de ruedas que encontró, hasta la habitación más limpia del último piso.

Y se fue a su casa enamorado, con esa sonrisa sutil que es la marca infalible del varón, cuando se encuentra arrobado en ese estado. Al día siguiente y antes de concurrir a su turno, Federico se bañó en perfumes. Se peinó con esmero, observándose desde diferentes ángulos, aunque siempre insatisfecho. Lavó y planchó su mejor uniforme de fajina. Y camino al hospital, compró un pimpollo de rosa roja - el más bonito - que eligió luego de mirar entre docenas y docenas de flores de las más lindas. Su mente solo se ocupaba de pensar en ella. No le importaba si era casada o viuda, con familia o sin ella. Era la oportunidad de su vida, su princesa anhelada que el destino, por fin se la acercaba.

Pero cuando estuvo frente a ella en la habitación hospitalaria, sintió a su propio cuerpo como payasesco y rígido. Y su hablar, trabado como si masticase un pegamento. Demasiados preparativos para dominar su timidez y sin embargo, cuando estuvo frente a ella, su tartamudez le cerró todos los caminos. Ni siquiera se animó a entregarle la flor, pues sus manos crispadas, la transformaron sin querer, en un mamarracho aplastado dentro de sus bolsillos. Desastre, desolación y mucha bronca. Salio de prisa de la habitación, transpirando y agitado, con su camisa empapada en sudor y con la boca, masticando una amarga frustración. Ella, de algo pareció darse cuenta, pues se sonrió en silencio y comenzó a peinarse.

Federico cumplió con su trabajo, llevando y trayendo enfermos por todo el hospital. Su mente angustiada, no podía dejar de pensar en ella. Mi “novia”, la nombraba en los vericuetos ocultos de sus secretos pensamientos, mientras sentía una erección que le pedía a gritos, regresar con ella.

Y se acercó más tarde hasta su cama, en silencio. Ella le sonrió cuando él, la despertó suavemente de su modorra. El corazón de Federico latía apresurado, retumbando en su pecho y en sus sienes. Respiró hondo y con un supremo esfuerzo, le dijo:

- *Vamos al baño, Señora. Hay que hacer un estudio... que indicó el médico.*

Y parados en el baño, apoyándose ella en el lavabo, la sometió con el cuento del estudio. Y luego, tratándola con mucho cariño, ayudándola a caminar mientras él la sostenía entre sus brazos, la depositó otra vez con suavidad en su cama. - *No me dolió nada* - le dijo ella, agradecida y desde una aparente inocencia y gozosa satisfacción. Y al otro día, sucedió lo mismo. Pasó una vez, dos, tres... mientras la enferma de la cama de al lado, miraba con sospechas esa extraña manera de estudiar a los pacientes. Y hubiese seguido sucediendo, si no hubiese sido porque la hija de la anciana, un día llegó a visitarla fuera del horario de visitas.

- *¡Un camillero del Hospital Nacional, violó a una anciana! ¡El desequilibrado trabajaba en ese centro asistencial, desde hacia varios años! Pese al estricto hermetismo... - proclamaba en las “Últimas Noticias de la tarde” un locutor, indignado – por supuesto - como todos los ciudadanos honestos.*

Y Federico ingresó al patio del Penal de Encausados, sosteniendo una frazada y un juego de sábanas, prolijamente doblados. Desde los pisos superiores, cientos de ojos de otros tantos presos lo miraban, gritando y sonriendo burlonamente en un batifondo ensordecedor. De golpe, todos se callaron.

A Federico le ordenaron que se quedase parado en el medio del amplio y desierto patio, a la vista de todos.

- *¡Violeta!... ¡Violetaa!... ¡Violetaaa!... - gritó varias veces hacia los cuatro paredones el guardia cárcel que lo escoltaba, haciendo referencia en el lunfardo de la cárcel, a la condición de violador del nuevo detenido. El griterío estalló y se tornó desaforado cuando le ordenaron al desorientado Federico, avanzar hasta ingresar por una puerta de grueso metal, en cuyo fondo se vislumbraba una desgastada escalera de cemento. El coliseo romano, parecía renacer en plenitud. Y en él tercer escalón, se detuvo. Miró a los guardias cerrar la puerta tras de él y presintió que estaba solo e indefenso, ante una monumental catástrofe que se le avecinaba.*

Dicen que la frazada y las sábanas, desaparecieron de las manos de Federico a los pocos segundos. El pabellón al que ingresó, albergaba a noventa y cinco presidiarios de los más peligrosos. Lo esperaban con un colchón de goma espuma, tirado sobre el suelo húmedo. Desnudo, bajo una lluvia de golpes, fue arrojado boca abajo. El primero en sodomizarlo, fue el líder de aquellos mafiosos, un múltiple asesino y un ladrón, condenado a cadena perpetua. Y siguieron los demás, todos. Algunos repitieron el hecho pretendidamente justiciero, hasta tres veces. La mayoría, dos. Solo se detuvieron cuando el sangrado anal, resultó imparable. Los guardianes, le hicieron notar alegremente a Federico, su voluntaria ausencia y solo regresaron cuando él yacía inmóvil, imitando una equis enorme, con su boca para abajo - *me parece que se les fue la mano a los muchachos* - opinó con una sonrisa hueca, el enfermero de la cárcel, mientras con una sábana tapaba el rostro del frío cadáver.

Paro cardio respiratorio por insuficiencia ventilatoria aguda, quedó sellado en el Registro de Defunciones, mientras amanecía en la ciudad y la gente en la calle, volvía a hacer la cola para ser atendida en el Hospital. La sociedad, ahora si estaba satisfecha y en paz con su conciencia. El mal, había sido extirpado de raíz. Todos, le tiraron la primera piedra...

fin